

La maratón

B2

**SPANISH NOVELS
FOR UPPER-INTERMEDIATES**



PACO ARDIT

Spanish Novels
La maratón

PACO ARDIT

FREE EBOOK PREVIEW - NOT FOR SALE
Get the full books at www.spanishnovels.net

Capítulo 1

En la casa de Luis y Gisela, los domingos son los días de maratón. Cuando la gente piensa en la palabra “*maratón*” se imagina personas corriendo durante horas para alcanzar una meta. Pero para Luis y Gisela, maratón no tiene nada que ver con “*hacer ejercicio*” o “*correr*”. Las maratones de los domingos para ellos son maratones de Netflix y comida chatarra. Es prender el SmartTV por la mañana temprano, quedarse pegados a la pantalla durante todo el día y apagar la TV por la noche, a última hora. Ver temporadas enteras de sus series favoritas mientras comen comida del Delivery.

Los domingos por la noche casi siempre piden lo mismo: hamburguesas de McDonald's. Hoy encargaron dos BigMacs para cada uno con papas extra-grandes y gaseosa. Esta es una

comida de tamaño normal. En alguna ocasión han llegado a comer tres y hasta cuatro BigMacs cada uno. Con dos BigMacs y papas grandes aún tienen bastante espacio libre en el estómago. Mientras come sus hamburguesas, Luis le dice a su novia:

-Gordita, ¿qué gustos de helado quieres? Yo elijo chocolate con almendras, y coco.

-Mmm... déjame pensar. Quiero mousse de chocolate, y vainilla. No olvides pedirles el baño de chocolate.

Luis le envía un mensaje de texto al empleado de la heladería. Como es su propia heladería, ni siquiera necesita llamar por teléfono. Le escribe: *“Paco, tráeme por favor 1kg de estos gustos: chocolate con almendras, coco, mousse de chocolate, y vainilla. Con baño de chocolate”*. 20 minutos más tarde, el chico del Delivery toca el timbre de su departamento. Luis baja por el

ascensor, le da una propina al chico del Delivery y sube nuevamente al sexto piso.

Gisela sirve dos porciones de helado en dos platos grandes. Cada porción es suficiente para dos personas, pero ellos son de “*buen comer*”. Comen el helado rápidamente mientras miran *Daredevil*, una de las series favoritas de Gisela. Cuando terminan de comer el helado, le dice a Luis:

-Gordito, ¿qué te parece si corto un poco de la torta que quedó de ayer? ¿Quieres comer un poquito?

-No, gordita. Ya está bien así. Ya hemos comido suficiente.

Capítulo 2

Toda su vida lo conocieron como *“el gordo”*. En la escuela sus amigos sabían que su nombre completo era Luis Gómez, pero siempre le decían *“el gordo”*. Al principio le molestaba mucho, aunque la verdad es que con el tiempo se fue acostumbrando. Con los años, hasta empezó a decirle a la gente que él era *“el gordo”*. Todos lo conocían así, con ese apodo. Sus amigos de la escuela, en el barrio... en todos lados. Menos en su casa. En su casa él no era *“el gordo”*. Allí volvía a ser *“Luis”*. Toda su familia tenía sobrepeso; todos eran gordos. Ellos también se habían acostumbrado a la obesidad. Era un estilo de vida, y estaban muy cómodos con eso. Disfrutaban mucho de la comida y de todos los placeres que ofrece la gastronomía. Comían platos sencillos o platos bien elaborados, pero siempre en raciones

gigantes que podían alimentar a dos o tres personas.

Luis nació en Bogotá, Colombia, y vivió allí toda su vida. Ama su país y todas sus tradiciones. Le encanta escuchar cumbia colombiana, ver partidos de fútbol y -especialmente- comer comida colombiana. Cuando le preguntan, él dice: *“Colombia tiene una de las mejores cocinas de todo Sudamérica. Si me permites recomendarte algo te aconsejo que pruebes los tamales de Bogotá. Son de lo mejor en todo el país”*. Luis conoce todos los restaurantes en Bogotá y sus alrededores. A veces escribe reseñas online, detallando las cosas que más le gustan de cada lugar que visita.

Por su altura, Luis no parece tan gordo como otras personas. De todos modos, él sabe muy bien que es obeso. Lo suyo no es sobrepeso: es obesidad. Físicamente no se le nota mucho y,

por ahora, tampoco le molesta demasiado. Pero sabe que eso no seguirá siendo así toda la vida.

Luis tiene 39 años y está en pareja con Gisela. Los dos están juntos desde hace casi 10 años. Cuando se pusieron de novios ya sabían que no se iban a casar. A ninguno de los dos le parecía necesario. También sabían que no querían tener hijos. Lo que más les interesaba era desarrollarse en sus profesiones. Luis, como dueño de la heladería. Gisela, como cocinera profesional.

La heladería le proporciona a Luis la mayor parte de su dinero (el resto lo obtiene de algunas pequeñas inversiones). En realidad, Luis es uno de los dos dueños de la heladería. El otro es Hugo, su socio.

Capítulo 3

Apenas terminó la escuela secundaria, Gisela ya sabía que se iba a dedicar a la cocina. Toda su vida le había gustado la comida. Y no hacía distinciones de ningún tipo. Le gustaba igualmente la comida dulce, salada, agridulce, china, hindú, étnica... A sus 18 años nunca había probado algo que no le gustara. Cualquier comida que llevaba a su boca le parecía rica, interesante o normal. Pero nunca fea o desagradable. Cuando descubrió la cocina se dio cuenta de que había algo que le gustaba tanto como comer: cocinar.

Al graduarse de la escuela secundaria tomó algunos cursos de cocina y empezó a practicar. En su casa, tanto sus padres como sus hermanos siempre estaban dispuestos a probar sus comidas. Gisela preparaba platos gourmet muy sofisticados, con todo tipo de

ingredientes exóticos. Su familia se terminaba cada plato con mucho gusto. Y si sobraba algo, repetían (aunque no les gustara la comida).

Toda su familia tenía sobrepeso, y ella no era la excepción. A los 18 años ya tenía casi 20kg (44lb) de más. Su pelo corto tampoco la ayudaba a disimular su sobrepeso. Gisela y sus hermanos eran obesos, pero no les importaba en absoluto. Jamás intentaron hacer dietas o bajar de peso. Ni ella ni su hermana menor se cuidaban. Usaban el pelo natural y nunca se ponían maquillaje. La palabra *“ejercicio”*, en su casa, era prácticamente desconocida. Ninguno de sus hermanos practicaba deportes ni iba al gimnasio. Cada día solo caminaban lo mínimo indispensable. Hacían el recorrido desde la computadora hasta la cocina, y desde allí hasta sus habitaciones.

Gisela era una excelente alumna. En cada examen obtenía las mejores calificaciones. Y los profesores eran de los más exigentes en todo Colombia. Cada plato debía ser perfecto. Si algo no les gustaba les bajaban uno o dos puntos. Así y todo, Gisela logró graduarse con distinciones de honor. Gracias a eso consiguió su primer trabajo en un restaurant de lujo en Bogotá, con solo 21 años. Desde entonces no ha hecho más que trabajar. Gisela siempre fue una persona ambiciosa, con grandes deseos de superación profesional. Al graduarse como chef profesional se propuso trabajar en los mejores restaurantes de Bogotá. Y, poco a poco, fue alcanzando todos sus objetivos.

Capítulo 4

La Crème de la Crème. Ese es el nombre de la heladería de Luis y Hugo. La verdad es que a Luis nunca le había terminado de gustar ese nombre. “*Es muy cursi. Es demasiado obvio para una heladería*”, le decía a su socio. Pero la gente lo terminó aceptando y, finalmente, quedó como nombre definitivo. De hecho, le ha dado aún más renombre a la heladería. Cuando la gente ve el nombre piensa automáticamente: “*esta tiene que ser una muy buena heladería*”.

De las heladerías que hay en Bogotá, *La Crème de la Crème*, sin dudas está entre las tres mejores. Los dueños saben que hay clientes que van a comprarles desde muy lejos. Son personas que hacen un viaje de más de una hora solo para tomar un helado de su heladería preferida. En los últimos 3 años, además, la popularidad de *La Crème de la*

Crème no ha dejado de aumentar. Desde que Hugo empezó a subir fotos en las redes sociales, la heladería tuvo una explosión de popularidad. Dos o tres veces por semana Hugo sube fotos a Pinterest y a Instagram. En la página de Facebook de la heladería, por otra parte, ofrece descuentos y promociones para sus clientes.

Hugo es un excelente comerciante. Antes de abrir la heladería con Luis ya había tenido otros cuatro negocios. Con algunos le había ido muy bien, y con otros terriblemente mal. Es la historia de todos los comerciantes. Una mezcla de éxitos y fracasos. Y, a Hugo, eso es lo que más le gusta de tener su propio negocio. Él es el único responsable de que le vaya bien o mal. En este caso, él y Luis. Lo bueno de tener un socio es que, si les va mal, se reparten las pérdidas entre los dos.

Todos los negocios que tuvo Hugo fueron en torno a la comida: dos restaurantes, una carnicería y un bar. A él le gusta tanto comer como a Luis. Cualquiera que lo ve se da cuenta de eso a primera vista. Su panza tiene el tamaño de dos pelotas de básquet. Al igual que Luis, él también es obeso desde pequeño. Sus padres le pagaron los más costosos tratamientos para bajar de peso, pero nunca dieron resultados. A medida que iba creciendo se iba resignando a su nueva realidad: ser gordo durante toda la vida. Con el tiempo se olvidó de su deseo de bajar de peso. Y ahora, si alguien saca el tema, Hugo dice su frase: *“El que nace gordo, vive gordo y muere gordo”*.

Capítulo 5

A Luis le hubiera gustado nacer en otra familia. Siempre le echó la culpa de su sobrepeso a su familia. Sus padres eran obesos, adictos a la comida. Por eso, desde pequeño su vida y la de toda la familia giraba en torno a la comida. Cuando estaban comiendo el almuerzo, pensaban en qué iban a comer en la cena. Y cuando no estaban comiendo pensaban en qué iban a comer al día siguiente. Casi siempre era comida llena de grasa, azúcar y harinas. Frutas y verduras: lo mínimo indispensable. Estaba claro que en lo último que pensaban era en la salud.

En la escuela, como todos los niños, Luis tenía sus materias favoritas y las más odiadas. Gimnasia era la peor de todas. El profesor los hacía correr durante 15 o 20 minutos seguidos. Luis no podía correr ni siquiera durante 3

minutos. Enseguida se quedaba sin aire, a punto de desmayarse. El profesor lo veía agitado y le decía que tomara un descanso. Era el único al que le permitía correr solo 3 minutos. Porque era *“el gordito de la clase”*. Le decía:

-Tú, Luis, tú puedes correr hasta que te canses.

No importa si es después de 1 o 2 minutos.

Cuando te canses detente. ¿Okay?

-Sí, profesor –le respondía Luis.

En la adolescencia empezó a ir a jugar al fútbol con sus amigos. Siempre le había gustado ese deporte, pero nunca se había animado a practicarlo. A los 15 años jugaba al fútbol con sus amigos dos o tres veces por semana. Al armar los equipos, los capitanes siempre le decían:

-Gordo, tú vas al arco.

-Bueno, pero después ataja otro –les decía Luis–. No quiero ser siempre el arquero.

Como era alto y grandote, sus amigos siempre querían que fuera el arquero del equipo. Por eso y también porque se cansaba mucho. No podía correr tanto como los otros chicos. En el fondo Luis también sabía que era la única posición en la que podía jugar. Le hubiera encantado poder ser el delantero del equipo, no tener que atajar. Pero, ¿cómo iba a hacer para jugar en esa posición, si no podía correr más de 3 o 4 minutos seguidos? Finalmente, se resignó a jugar siempre como arquero. Y, con los años, empezó a encontrarle el gusto.